

La infancia en la Argentina de los años 60. Laboratorio de la utopía

Sergio A. Pujol

Una indagación cuidadosa en la vida social y cultural de la década del 60 no puede agotarse en imágenes de jóvenes iracundos dispuestos a demoler con canciones, cabellos largos y marihuana el sistema de valores de sus padres. Aquel también fue un tiempo de nuevas y estimulantes relaciones entre los padres jóvenes y sus hijos. Tal vez más que cualquier otra cosa, la de 1960 fue la década de una nueva infancia, de un proyecto pedagógico que creció en clara sintonía con el deseo de cambio de los jóvenes.

La Argentina no estuvo al margen de ese sentimiento colectivo a favor de una infancia radicalmente diferente a todas las infancias del pasado. Si fuiste niño en el país comprendido entre la presidencia de Arturo Frondizi y el secuestro de Aramburu, tendrás recuerdos aún frescos de ciertos programas de televisión, de ciertas melodías, de ciertos personajes hechos –supuestamente– a imagen y semejanza de tu modesta humanidad. También habrás sido objeto de un experimento más o menos universal: la nueva pedagogía y su entorno cultural. Te habrás sometido, entre el deber y la diversión, a tests de inteligencia. Habrás oído a tus padres discutir sobre las ventajas de una educación menos coercitiva y autoritaria que la que ellos habían recibido. En determinadas escuelas te habrán dejado hacer de todo: si hasta habrás comido con las manos, espontáneamente, sin compostura, ante la mirada encantada de tus padres, tan distintos a tus abuelos.

Desde luego, no fuiste tan inteligente como Mafalda, ni tan ingenuo como Upa, ni tan delirante como el Capitán Piluso de la TV, ni tan enciclopédico como Antejito. Tampoco te comportaste del modo juicioso con el que los niños y niñas de *La novicia rebelde* le despejaron el camino del amor a Julie Andrews. Pero nunca estuviste del todo solo. Siempre observado por algún adulto, jugaste en la vereda, aprendiste en la escuela y descansaste en tu casa bajo la atenta mirada de quienes tenían la obligación de cuidarte y a la vez darte una expectativa de libertad para que la senda hacia la adultez no te resultase tan empinada. Los rostros de chicos de tu misma edad poblaron revistas de actualidad, informes psicológicos, viejos y nuevos manuales escolares, espacios televisivos, tapas de long-plays y exposiciones de fotografías.

Pensando en tus intereses y necesidades se escribieron enciclopedias en fascículos –*Monitor* y *Lo sé todo* aún hoy se conservan en la biblioteca de tus propios hijos– y se grabaron, bajo la idea de que la música libera al hombre, canciones renacentistas y canciones novísimas, concebidas para un futuro siempre auspicioso. Con «Manuelita la Tortuga» o «La Mona Jacinta» de María Elena Walsh, combinaste las primeras lecciones de castellano con tus más tempranas inclinaciones musicales, mientras tus padres se atrevían a mezclar los discos de los Beatles con los de Astor Piazzolla. Fuiste personaje literario en reiteradas ocasiones y comprador potencial de nuevas revistas de historietas. ¿Qué podría ser mejor que una revista de superhéroes editada en México? ¿Qué mejor objeto de colección que unas hojas con las aventuras a todo color de Batman, Superman y toda la galaxia de seres indestructibles, algunos de los cuales tu padre conocía del cine continuado de su pueblo? Si hasta pudiste cambiar las revistas repetidas en casas de canje literario. En fin, tuviste tus propias colecciones, tus propios discos, tus propios sueños...

Ser niño en la década de 1960 fue portar, si bien de modo parcial y limitado, las ilusiones de una sociedad confiada en que el cambio era posible, deseable y en cierto modo también inevitable. ¿Por qué no empezar por la niñez? ¿Por qué no preparar a las generaciones futuras para que caminaran libremente? Había que romper entonces un paradigma educativo iniciado a fines del siglo XIX y que estaba en crisis desde la posguerra. Las señales más claras y contundentes del proyecto de los 60 estuvieron condensadas en los discursos sobre la niñez. Discursos y objetos, palabras y artefactos: el ser niño ya no fue una contingencia pasajera, ni una etapa inadvertida o silenciosa en un mundo dominado por adultos. La niñez se convirtió en el principal laboratorio de la utopía.

Philippe Ariés escribe que, así como el sentimiento de infancia nació en el siglo XVIII, el de la adolescencia pertenece definitivamente al siglo XX, y es a partir de los años 60 cuando su connotación psicologista dejó lugar a una más ambiciosa dimensión cultural. Aquí y allá se impuso la imagen de la adolescencia como síntoma de época, como metáfora de la civilización. «La difficile adolescence des jeunes nations», escribía a fines de la década el observador político Jacques Chastenot al referirse a los problemas del Tercer Mundo. ¿Y la infancia? ¿Dónde quedaba la infancia? ¿Acaso su sitio representaba la protohistoria de un tiempo radicalmente diferente? Nunca antes tantos padres primerizos vislumbraron en los rostros de sus hijos una promesa tan rotunda de futuro.

¿Deben los niños usar chupete? ¿Es normal la agresividad en la infancia? ¿Hay que obligar a los chicos resfriados a que guarden reposo? ¿Pueden los

alimentos proteínicos reemplazar a la leche materna? ¿Es tan importante que la madre se consagre exclusivamente a la crianza de sus hijos? ¿Ejerce la televisión efectos nocivos sobre el espectador infantil? ¿Es bueno o malo que los niños se relacionen con el dinero?

Más que una moda científica, la pregunta por los niños se volvió omnipresente, obsesiva. Y llegó de todas partes: de la medicina, del psicoanálisis, de la literatura, de la pedagogía, de la sociología. Esta última advertía del crecimiento demográfico a escala mundial. Establecida por las Naciones Unidas como «la década para el desarrollo», la de los 60 fue sin duda una década de explosión poblacional, con una tasa anual de casi el 3 por ciento acumulativo, que se verificó principalmente en los países subdesarrollados o «en vías de desarrollo». La Argentina perteneció a ese grupo—fue el país «en vías de desarrollo» por excelencia—, y figuró en los cuadros más auspiciosos: parecía ser una nación con futuro.

Paradójicamente, en los primeros años de la píldora anticonceptiva—muy difundida en los países más avanzados, donde su nivel de venta casi alcanzó al de los analgésicos— la población mundial creció más velozmente que antes. Fue entonces cuando un mundo de niños, un mundo infantil inquietante, ensanchó la base de la pirámide de población, presionando «desde abajo» para ser inmediatamente advertido «desde arriba». Los adelantos de la ciencia médica contribuyeron a la definición de ese mundo «añorado»: comenzó a aplicarse masivamente la vacuna Sabin oral, complementando así el trabajo de Salk contra la poliomielitis, y la vacuna contra el sarampión se impuso en 1963. El hambre no desapareció del mundo—tampoco las guerras y las matanzas—, pero mejoraron notablemente las condiciones objetivas para la vida humana. Con este marco mundial, nacer en los 60 fue un poco menos difícil que antes.

En la Argentina, las principales revistas de actualidad, de *Claudia* a *Primera Plana*, organizaron mesas redondas para dilucidar la problemática de «nuestros hijos». En la televisión se habló mucho de los niños, tanto desde la ficción como desde un incipiente periodismo «de opinión». Los diarios de gran tirada y algunos programas de televisión incluyeron secciones fijas dedicadas a instruir a los padres—la doctora Eva Giberti hizo escuela en esa materia— y no pocos médicos se volvieron «defensores» de los niños. Psiquiatras y psicoanalistas sentaron a los pequeños al diván, sin que éstos se dieran cuenta: Sigmund Freud y sus descendientes intelectuales acudieron a la cita con los niños. Y también Jean Piaget—cuyas ideas tuvieron un mayor impulso desde que en 1955 se fundó el Centro Internacional de Epistemología Genética— fue seguido con interés creciente.

Mientras la película *Crónica de un niño solo* de Leonardo Favio era premiada por su valentía al testimoniar las condiciones de reclusión de los niños expósitos (el propio Favio había estado en el hogar «El Alba»), las bases mismas del saber científico y pedagógico referido a la niñez fueron sentadas en el banquillo de los acusados. Atrás quedaron los tiempos en que los chicos con sarampión eran vestidos con ropas de colores y aislados en una habitación con ventanas coloradas. La conmoción de los años 60 llegó a los cimientos mismos de la medicina infantil, territorio fértil para la experimentación y el debate. Diferentes corrientes se confrontaron, aunque no siempre en forma agónica: seguidores de la escuela organicista; «defensores» de los fenómenos psíquicos, adeptos a la homeopatía...

Florencio Escardó planteó que muchas de las enfermedades infantiles se deben a factores afectivos. El doctor Arturo San Martín y sus discípulos destacaron la importancia de la alimentación en la salud infantil: ¡arriba las proteínas! Y fue cada vez mayor el número de médicos que avalaban la teoría del organismo humano como unidad muy sensible al medio externo.

Junto a esto, el fuerte impacto del psicoanálisis introdujo conceptos como trauma, complejo y neurosis a la hora de tratar los problemas de la salud mental de los infantes. Mientras en los países avanzados el psicoanálisis infantil había prosperado a partir de los trabajos de Ana Freud y Melanie Klein, en la Argentina Marie Langer y Arminda Aberasturi figuraron entre los psicoanalistas más consultados, en un momento en el que Arnaldo Rascovsky advertía sobre la tendencia destructiva de los padres hacia sus propios hijos (la teoría del filicidio en su máxima expresión) y Enrique Pichon Rivière señalaba los peligros que podía acarrear la debilidad de la figura paterna –a favor de la materna– en el mundo moderno. Tesis muchas veces contrapuestas, pero siempre comprometidas con la situación psicológica y anímica de la niñez en el contexto de una estructura familiar en acelerado proceso de cambio.

«Ayer nomás/ en el colegio me enseñaron/ que mi país es grande y libre...». La canción del *rocker* Moris empezaba resaltando un contraste: en la escuela de ayer nos creíamos cosas de las que luego dudamos. El mundo no era entonces como nos lo habían contado. Y esos cuentos o relatos habían nacido en la escuela, en el colegio. ¿Cómo fundar otra educación y poner en circulación otros relatos?

Aunque la niñez era un viejo tema del psicoanálisis volcado a la cultura de masas –como bien ha demostrado Hugo Vezzetti en sus investigaciones–, el niño de los 60 ya no fue tanto el centro de la literatura sobre crianza como un ser relativamente independiente, portador de un sentido social y cultural diferente. Se trataba de cuidar al niño para que fuera realmente

libre; estar sobre él para lograr el efecto contrario: el desarrollo de un mayor grado de autonomía y libertad de decisión para cuando estuviera en condiciones de ejercerlas. La libertad de los niños debía ser programada: sobre esta paradoja fluyó una década en la que los niños fueron tan sobrecargados de responsabilidades como desatendidos; tan en sintonía con los ideales de los mayores como autónomos.

Pedagogía y didáctica fueron los terrenos más sensibles a las expectativas colectivas generadas por la infancia. La enseñanza «integral» emergió como la palanca en educación. Los chicos eran estimulados en un contexto de mayor libertad de elección. Dirigida por Francis Sweet, La Escuela del Sol representó el nuevo paradigma educativo: «Es absurdo obligar a un chico a que haga lo que no quiere» ¿Qué al niño no le interesan las matemáticas? No importa, ya las descubrirá cuando las necesite, cuando esté en condiciones de apreciar su valor. ¿Para qué perpetuar la institución del director de escuela? ¿No es mejor resolver cada problema con asambleas generales en las que todos tienen voz y voto?

En realidad, esta revolución pedagógica –que lógicamente fue minoritaria y no se expandió por todo el sistema educativo argentino de los 60, aunque su impacto siempre se hizo sentir de alguna u otra manera– había empezado en 1957, en el ámbito de la enseñanza privada. Bajo la influencia del doctor norteamericano Benjamín Spock, la liberalización educativa tuvo resultados bastante espectaculares –y años más tarde cuestionados– en todo el mundo.

Como cuidar y educar a su hijo, el polémico libro de Spock, se había editado por primera vez en 1946, y con sucesivas traducciones había logrado un gran impacto en diversos países. El primer efecto que este libro casi rousseauiano tuvo en los Estados Unidos fue la emergencia de la generación de jóvenes rebeldes y críticos del sistema. Educador tácito del *baby boom*, su autor podía estar tan orgulloso como Marcuse de haber puesto en marcha eso que Theodore Roszak llamó «la rebelión de los centauros». Y los centauros querían corretear libres, sin ataduras, en el marco de esa «sociedad permisiva» con la que Spock tenía bastante que ver. Los bebés-Spock parecían marcar el rumbo de la historia. Pronto, muchos de ellos terminaron siendo *beatniks*, *hippies*, rebeldes, pacifistas, estudiantes franceses del 68 y defensores del amor libre.

En la Argentina de aquellos años, la idea de que los niños debían recibir una educación basada en el libre albedrío y el placer, con el estímulo del juego y la integración de las distintas disciplinas, tuvo su gran impulso entre 1960 y 1966. En ese lapso, 19 escuelas del tipo integral realizaron «una experiencia pedagógica maravillosa», tras el modelo de la «escuela

placentera». Aunque el gobierno de facto del general Onganía, regresivo y ultramontano para tantos temas, supuso un brusco corte para el proceso de modernización cultural del país, en el aspecto educativo la brecha fue menos abrupta. Más aún: en 1967, por resolución del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria, empezaron a funcionar 102 escuelas integrales públicas en Capital Federal y 40 en el interior del país. Evidentemente, la liberalización educativa era una tendencia sostenida. El paso del ámbito privado al público no sólo certificaba el éxito del experimento pedagógico, sino también una posibilidad de continuidad y de legitimación institucional, más allá de los avatares políticos.

Respecto a los textos escolares, el debate se planteó contra la vieja concepción de la lectura patriótica y moralista. En muchas escuelas se siguieron utilizando los libros clásicos de Kapelusz, pero *Aire Libre* de María Elena Walsh –para segundo grado– marcó otra senda a partir de 1967, materializando así un interés cada vez mayor en la renovación. Editado por Estrada, el manual escrito por la creadora de *Canciones para mirar* fue definido por la prensa como «una verdadera bomba de tiempo en el vetusto edificio de la pedagogía infantil». El libro traía poemas de Baldomero Fernández Moreno, Alfonsina Storni y Fernán Silva Valdés, entre otros autores, y las ilustraciones de Horacio Elena introdujeron en el mundo de la pedagogía infantil criterios gráficos novedosos.

En las páginas de *Aire Libre* todo o casi todo era diferente. En lugar de la hagiografía patriótica, el texto narraba las peripecias cotidianas de una familia de titiriteros; en lugar de hinchidos himnos a los próceres, optaba por la poesía coloquial. Su autora era muy clara al respecto: «Hay gente que confunde libros para niños con libros para tontos». También Odila Jacobs y Frida Schultz de Mantovani escribieron para la escuela primaria desde una perspectiva literaria y pedagógica diferente, pero sin un impacto tan fuerte como el que produjo el libro de la Walsh. La fe en el poder de la lectura estaba intacta.